

Soñando despierto



Cuántos planes nos forjamos a lo largo del año para las vacaciones; en nuestro cuartito del club, o bien en los ratos de descanso, cuando ascendemos a las cumbres de nuestras montañas, hablamos del Pirineo, Sierra Nevada, Picos de Europa y otros macizos; también soñamos con los Alpes, Atlas, Himalaya y, en nuestra imaginación, están representadas a nuestra manera todas estas cordilleras, con sus barrancos, grietas, glaciares, etc., ¡quizás algún día...!

Según se acerca el tiempo de fijar fecha y escoger lugar, van surgiendo las dificultades para poder realizar aquello que soñamos y planeamos con cariño e ilusión, con la experiencia obtenida en excursiones efectuadas en años anteriores.

Todo esto pensaba, mientras ascendía en solitario a una cumbre de la cordillera Cantábrica, en una fría mañana del mes de Agosto, la niebla, llevada y traída por fuerte viento, envolvía a ratos todos los alrededores, para momentos después, volver a despejar, dejando ver un espectáculo que solo es capaz de saborear quien acepta los sacrificios que impone la ascensión a una gran cumbre.

Tuve días de magnífica visibilidad, que los aproveché desde la mañana temprano, para en solitario emborracharme al natural de aquello que mi imaginación había soñado, valles, bosques, ríos, montañas blancas de nieve y grandes peñas, cimas verdes, oscuras, llanuras, precipicios, cabañas de pastores, pueblecitos, tierras de labor, capitales en la lejanía, montes y montes a todo lo largo que abarca la vista, envueltos en bruma y, en lo alto el cielo azul, sereno y majestuoso con sus rayos abrasadores proyectados sobre la tierra, ¡quién pudiera expresar, lo que el espíritu siente desde aquí! cómo el hombre se eleva y piensa en el Cielo, en el otro Cielo que nos espera a todos si queremos ir a él, qué tendrá que haber allí para los amantes de la naturaleza, nosotros que tan acostumbrados estamos a gozar de amaneceres y ver deslizarse esplén-

didados días, que en la práctica de cualquier otro deporte, ni hay tiempo de admirar, ni se debe perder éste, pues lo que impera es la velocidad, la rapidez, llegar primero. Ahora comprendo en todo su alcance aquella cita que un día leí en una revista: «El goce de la montaña no se encuentra en la competición, sino en la poesía de sus duras jornadas llenas de solitario encanto».

Y, qué diremos de los atardeceres y aún de las mismas noches, pasadas en refugios y chabolas de pastores, o bien al aire libre, unas veces por necesidad y otras por gusto, pero todas ellas han dejado un gran recuerdo y, en nuestros comentarios las citamos casi al natural, pues cuando las disfrutamos procuramos empaparnos bien de ello, no solamente en aquellos momentos, sino con vistas al futuro.

Charlando a menudo sobre estos recuerdos con los compañeros de fatigas en nuestros años de correrías por el monte, todos coincidimos en lo mismo y, aún saboreamos los ratos que en aquellos momentos nos parecían malos, mojaduras, granizadas, nevadas, pinchos, zarzas y otras muchas cosas que surgen en las andanzas efectuadas a lo largo de los años y, estos ratos que antaño tanto nos hicieron sufrir, son ahora motivo de añoranza, pues muchas veces gracias a ellos, supimos apreciar en todo su valor, lo que significa un vaso de agua, un refugio, un pajar, la ropa seca y, muchos otros detalles que de ordinario ningún valor concedemos. Quiera y pedimos al Señor, nos conceda la salud y el amor a las montañas durante largos años para ir acumulando recuerdos agradables para días futuros. Qué bien supo expresar la afición a la montaña, quien compuso esto: «¿De dónde surge el penetrante hechizo que aún empuja los hombres hacia tí? No hay en tus ojos el calor de estío, de los quien a orillas de Egeo invitaba a sesudos navegantes a disfrutar de su espumoso vino, solo ofreces escarcha, y no son pocos tus adoradores, mas te saben rendir culto de diosa».

Txutxo del JUVENTUS.